La cortina oscura

Gracias por venir. Y, ya ves, aquí estoy, tranquilo, apagadas las ambiciones y ya casi sin sueños, esperando lo que tiene que venir. De chico me gustaba volar despacito, sabés, apenas por debajo de los hilos de teléfono, sentir la brisa, evitarme los rezongos y peleas cotidianos. Volaba a menudo y tantas veces he querido recuperar esa capacidad que los años gastaron y, despiadada, la razón me quitó. A los diez años ya sabía que no era cierto, que no podía volar, pero no sé cuántos años anduve volando por ahí, buscando silencio o tranquilidad, o no buscando nada.

Casi como ahora. Ya es demasiado tarde para buscar algo más que calma. No pude escapar volando cuando más lo necesité. Tuve que seguir yendo al colegio día tras día, haciendo de cuenta que no había pasado nada, que todo era como antes, sabiendo que no lo era, pero sin saber cómo ni por qué. No tuve los medios para entender, ni la costumbre de hablar para pedir socorro. Tal vez me creí en serio que había desarrollado un método fantástico para hacerme invisible: me sentaba con la frente apoyada en el índice izquierdo, la mejilla en el pulgar, haciendo con la mano una pantalla que ocultaba mis ojos mientras con la derecha escribía en el cuaderno o simulaba hacerlo. Así me evitaba ver al cura. Más adelante descubrí que el método no sólo me hacía invisible sino que también me permitía escaparme de la clase, darme un paseíto mental o aún hacer una pequeña siesta.

La invisibilidad no era, claro, una forma muy cómoda de vivir. Se fue complementando con una necesidad imperiosa de ser supervisable. Si no por las buenas, al menos por las malas, discutiendo siempre para ganar, con una vehemencia que me hizo acreedor en los años de militancia estudiantil del honroso epíteto de «sol de frente, puente roto»: nadie lo pasa, nadie lo aguanta. Pero eso es otra historia. O tal vez no.

Después, de tanto huir, me olvidé de qué me había escapado. Se volvió costumbre correr siempre, sin mirar para atrás. Y hoy, aquí estoy, ya no me queda tiempo para correr, ni ganas ni fuerzas. Por eso me distraigo de a ratos pensando en pintar las paredes de este cuarto aséptico. Decime ¿vos entendés por qué son tan blancos los hospitales? ¿Es para mejor descubrir la mugre? Pintaría las paredes de rojo. No, mejor de naranja, sí, así es, esta pared a mi espalda de un rojo vivo pero no chillón y las otras de un naranja más tranquilo. Tal vez dejaría la pared de la ventana blanca como está. Así sería mejor el contraste. En las paredes laterales colgaría cuadros pastorales, Gaugins y van Goghs. Y en la pared roja una de esas composiciones con hojas recortadas en papel de Matisse. Muchos colores. Azul y verde y amarillo y negro y rojo y blanco. Una fiesta de colores.

Si pudiera volar ahora como entonces, me iría bien despacito hacia la playa y seguiría volando bajito, rozando casi la cresta de las olas hasta llegar a la Isla de Flores o a la de Santa Elena, a conversar con los gorriones. ¿Será así como se siente la muerte, como un vuelo tranquilo, planear con calma, sin destino fijo?

No sé por qué siempre tuve una tentación, casi manía de describir las cosas con hilachas de canciones, tangos viejos o zambas polvorientas. Es una cursilería, no me digas que no, pero bueno, no le hace mal a nadie. A veces pienso que la vida entera se podría relatar en una novela que no fuera más que pedazos de canciones. Tal vez debiera intentarlo. No sé si me quedará tiempo pero de todos modos sería un juego divertido. Más entretenido que imaginarme de qué color pintar estas paredes.

Hace un rato estaba canturreándome que ya no es hora para nada. Pero no es cierto, siempre es hora para algo. Tengo la idea que uno tiene que hacer al menos un regalo como la gente durante su vida. Y ya no me queda mucho así que es hora de hacerlo, y te lo voy a dar a vos. No, no es un regalo así, de tocar, es un cuento muy de verdad.

Tratar de desenredar la madeja, entender por qué tantas veces me he sentido patético, ridículo, absurdo, encerrado en mis sentimientos, lamiéndome las heridas, viendo pasar la vida a mi lado y corriendo como se corre hacia la parada cuando el ómnibus cierra la puerta y arranca, y corrés igual, con la esperanza, en las piernas, de que el chofer te vea, pero sabiendo, en el fondo, que no vas a llegar.

La madeja se ha vuelto tan enredada que es imposible encontrar la punta, o mejor dicho, son tantas las puntas que uno se marea. Más difícil que armar uno de esos rompecabezas de tres mil piezas. Porque de una cosa podés estar seguro y es que cada pedacito del rompecabezas sólo puede estar en un lugar, mientras que en la vida los pedacitos pueden estar al mismo tiempo en mil hilachas distintas, como en las palabras cruzadas.

En casa dominaba la teología de la mortificación. ¿Pensás que exagero? No al punto de los cilicios pero no demasiado lejos. La abuela que yo creía había nacido de luto, nos inculcaba el temor de Dios y de los comunistas, y el amor a las lágrimas que eran lo único valioso en este valle por el que teníamos que pasar

camino al cielo o al infierno. A mí me paralizaba pensar en los pobres negritos que se iban al limbo si no tenían la suerte de cruzarse en el camino de un misionero que los rociara con agua bendita. No lograba imaginarme ese lugar ni caliente ni frío, ni lindo ni feo. ¡Pobrecitos los negritos!

Las tentaciones se escondían por cualquier parte y los comunistas en los zaguanes o atrás de los árboles para robar niños y mandarlos a Rusia a trabajar o terminar, si tenías mala suerte, como estofado en la fuente de la cena de Stalin.

La vida estaba llena de misterios, como la Santísima Trinidad y el pan y el vino convertidos en el cuerpo y sangre de Jesús. Esos eran fáciles de entender, o al menos de aceptar: los misterios de la fe encajaban perfectamente en el pequeño mundo de monaguillo y en una casa inundada de estampas y vidas de santos. El pecado era un misterio más difícil. Había que encontrar alguno para ir a confesarse porque somos todos pecadores ¡faltaba más! Así que una vez por semana repasaba el catálogo, ir a Misa los domingos, no usar el nombre de Dios en vano, honrar a padre y madre, no robar, no tener malos pensamientos, no matar. Era un problema encontrar algo que confesar pero por suerte había más mandamientos que los diez y siempre había alguna mentira, algún enojo, algún egoísmo del que arrepentirse. Esos mandamientos suplementarios me salvaban de la soberbia y vanidad de creerme sin pecado y me devolvían unos padrenuestros y avemarías como penitencia redentora y tranquilizante.

Pero no exageremos, porque es fácil, así, a la distancia, armarse un verso que se acomoda a la historia que uno se quiere vender, cargarle las tintas a un chivo expiatorio a quién echarle las culpas de sus fracasos, miserias y desgracias.

Había por suerte otros abuelos a la vuelta de la esquina, que eran no menos religiosos pero también alegres —por lo visto no era imposible la combinación— a donde solíamos ir los domingos a tomar un segundo desayuno y jugar a la perinola o a las bochas, hasta que la casa se llenó de llantos cuando mi madre tuvo la mala idea de morirse muy antes de tiempo, al final de mi quinto año de primaria, el primero en el colegio. Para ese entonces hacía rato que yo no volaba ni jugaba con Juan, mi amigo secreto e invisible que me distraía cuando iba a hacer los mandados y me hacía olvidar lo que me habían mandado a comprar.

En la parroquia no sólo ayudábamos la misa y nos mareábamos con incienso en la semana santa, también aprendimos a jugar al truco y pateábamos al fútbol en el patio de la casa parroquial con el cura que corría sujetándose la sotana remangada con una mano. Spadaccino era un tipo serio pero alegre, como mi abuelo, nos enseñaba griego y latín y nos contaba anécdotas de su viaje a Italia y de su tío comunista que cuando se cansaba de discutir le decía “Ascolta, Arnaldo, vos tendrás la labia, pero la razón la tengo yo”. Imposible jugar al truco con él, era el maestro de los paquetes y nos cantaba las cartas de cada uno, al menos así nos lo creíamos, nosotros, contrincantes de poca monta. Me tentaba la idea de ser un cura así. Porque la idea de hacerse cura estaba siempre presente, era una de las mejores maneras de sobrellevar el inevitable paseo por este valle de lágrimas y de tener casi garantido un lugarcito en el cielo.

¿No te aburro, no? Decime, ¿qué es peor, el mal que uno hace, el no darse cuenta, o el no saber cómo evitarlo?

Te acordás de un cuento de Morosoli ¿o será de Julio da Rosa? que termina describiendo cómo la protagonista se tira en la cama y se dispara con una escopeta para matar al sexo, que no puede domesticar y que le ha causado tantos problemas. ¡Si fuera tan sencillo! Da risa, pero es muy en serio.

Me veo muchacho enamorándome de Ana María que se pasaba dándole vueltas al rulito con el índice derecho. La miraba en secreto, en las reuniones de la parroquia y cuando salíamos en ómnibus de excursión. Los amores platónicos tuvieron siempre una atracción irresistible, se volvieron vicio. Eran bastante fáciles de tratar, no requerían nada, alcanzaba con darse permiso para soñar. Así me enamoré platónicamente de todo lo que se me puso a tiro.

A cierta edad empezó el cura a preguntar «y vos, te tocás?». Al principio no sabía qué decir, no tenía idea de qué me estaban hablando desde el otro lado de la rejilla del confesionario. Pero con el tiempo empecé a entender que el pecado tiene lugar y está entre las piernas. Muchos años antes de que Pacheco popularizara el término, había un innombrable difuso y concreto, que también se llamaba vergüenza. Vergüenza al salir del agua en la playa cuando el traje de baño mojado no te disimula el pecado entre las piernas. De que se te note, de andar llevándolo y no poder evitarlo.

¿Te reís? ¿A vos no te pasaba? ¡Qué feliz!

Los años me han enseñado que la vergüenza debe ponerse en otro lado, pero sigue tozudamente allí, protegida por una cortina oscura. Cuando empezó a hervir la sangre no había manera de nombrar la pujante nerviosidad, menos aún de entenderla. Fue un potro salvaje y un enemigo al que no había forma de vencer en lucha abierta. Pero eso fue mucho después. En aquel momento no entendía nada.

Sí, puede ser que tengas razón, que nadie entiende nada. Pero no sé si es eso lo que quiero decir. No te creas que me imagino portador de algún mérito especial, que me siento distinto, pero hay cosas innecesarias ¿no? Durante muchos años amasé una torta de culpas y vergüenzas que se me atragantó y no he podido vomitar pese a crisis y terapias. La vida se me hizo tan pesada que traté de acortarla. Lamentablemente había perdido la capacidad de huir en vuelos infantiles, porque lo hubiera precisado. En cambio puse kilómetros, a veces miles, entre mí y todo lo que se me acercara demasiado, todo lo que amenazaba despertar ese monstruo pegajoso.

Está bien, no te voy a hablar en misterios. Es que es un poco difícil de ponerlo en palabras, pero, bueno, ahí va. Milnovecientoscincuentaynueve, de eso estoy cienporciento seguro, el año siguiente de la muerte de mi madre, yo iba a sexto año de primaria. El cura me deja en penitencia. No entendía por qué, yo no había hecho nada. Dejaba mucho en penitencia, sería su truco, vaya uno a saber. Era un cura bueno, entre comillas, no se enojaba nunca. La mayoría de los otros curas eran personalidades fuertes, algunos simpáticos y otros no, pero vos sabías lo que les gustaba y lo que les calentaba. Yo tenía un recuerdo claro de casi todos los profesores del colegio, pero no podía recordarme de este de sexto año. Un día encontré un anuario del colegio con la foto de la clase y vi su foto y su nombre que ya volví a olvidarme. Hoy me lo imagino un poco molusco, una ameba.

El salón de clase tenía la puerta al frente, donde estaba el pizarrón y la mesa del maestro, que estaba como en una pequeña tarima, si mal no recuerdo, un escalón apenas más alto que el piso donde estaban nuestros pupitres. La puerta daba a un corredor abierto, como una galería, que terminaba en la casona que era la vivienda de los curas. Nuestra clase era la última, en el piso superior. El salón tenía ventanas altas a los dos lados, con unas cortinas pesadas y oscuras. No puedo recordar lo que el cura me dice esta tarde que me deja en penitencia después de clase, cómo me lleva al último pupitre, en el rincón, al fin de la primera fila junto a las ventanas que dan a la galería, las cortinas corridas por supuesto. Alguien que pasara por la galería, aunque mirara por la puerta hacia adentro de la clase, no podía ver nada. No había ángulo. Sólo si entrara a la clase. Tal vez la puerta estaba con llave. No lo sé, pero nadie abrió la puerta. Todo era oscuro, como las cortinas, tal vez estaba ya anocheciendo. Y el cura tenía la sotana abierta; no he podido revivir los detalles, que al fin de cuentas, qué importancia tienen, pero sí la vivencia del asco, caliente, duro, esa cosa tenebrosa. Así fue, ahí, en ese preciso lugar y en ese preciso año. No sé si en mayo o en setiembre. Creo que estaba de rodillas, como si estuviera confesándome. ¡Qué ironía! Tampoco sé si fue sólo una vez o varias. Quisiera poder verlo en detalles, en cámara lenta. Para escupir toda esa mugre que me ha perseguido, vomitar esa inmundicia.

No tengo idea de qué pensé en ese momento. Ni de cuántos otros cayeron en las redes del señor cura. Nunca hablé una palabra con nadie. Al tiempo pispée algo, reuniones de padres. ¿Otra víctima? Hice lo imposible por desaparecer, por hacerme invisible, aterrorizado de que alguien se enterara.

Ahora ya no me inquieta. O casi. Te lo cuento solamente por un motivo, para evitar que a otros les pase lo mismo. Me lo pregunté mil veces: ¿vale la pena levantar un muerto así después de una vida? Sé con certeza que no fui el único en pasar estos trances en el colegio y me pregunto si estos abusos han terminado. En tal caso ¡aleluya! Pero la naturaleza humana es como es y las cosas mejor hablarlas ¿no te parece?

Por eso te lo cuento, con la esperanza de contribuir a hacer luz y hacer más difíciles estos abusos en el futuro. Hace unos días leí un comentario en un diario, a raíz de la reunión del Papa con obispos alemanes, que «aún pequeños abusos pueden causar graves daños». Es tan cierto, y me decidí a contarte cuando vinieras a verme, hacerte mensajero, siempre que estés dispuesto, claro, no quiero ponerte en aprietos ¿ta?

¿Qué hice después? No sé si me fui directamente a casa o si anduve dando vueltas. Tal vez lo más natural hubiera sido que me confesara. Pero no habría podido poner palabras ni pronunciarlas. Ni siquiera en el silencio y la oscuridad del confesionario, tan parecido a lo que acababa de pasar. No sé si lo entendía como un pecado. No tuve la más mínima idea de qué se hace con una cosa así. Me sentía sucio. Y culpable, porque la culpa tiene que ser mía, ¿de quién si no? Y perplejo. Sólo estaba seguro de que esto era un secreto mío, de mi culpa y de que nadie debía saberlo. Muchos años después, cuando pude verbalizarlo ante mí mismo, me dejé llevar por fantasías. Pensé averiguar dónde estaba el cura e ir y matarlo de una puñalada. Pero me dije «No, no te rebajes, te vas a ensuciar las manos. Mejor lo vas a ver y lo escupís en la cara, sin una palabra, le vomitás su asquerosidad, se la dejás pegada, se la devolvés toda, que es de él, no tuya». Pero no hice nada por supuesto. A veces pensando en él me daba lástima, ¿tal vez había sido víctima él mismo?

Después empezaron a aparecer los escándalos en Estados Unidos, los obispos cubriendo a sus curas pedófilos, comprando el silencio. Pero no, hombre, no estoy resentido. Seguí creyendo, yendo a misa y haciendo de monaguillo. Sí, claro, ¿por qué no? Estaba sucio, pero no sabía de qué, y la vergüenza me

amordazaba.

Más tarde estuve años metido en los círculos progresistas de la iglesia, gentes admirables que me ofrecieron una teología de la alegría, de la vida, de la liberación, un nuevo concepto del amor que no requería cilicios sino caricias, no mortificaciones autosuficientes sino trabajo por una sociedad mejor. Lo entendí, me gustó, traté de vivir esa vida lo mejor que pude.

En aquél tiempo no sabía lo que era el sexo, pero cuando lo descubrí me lo imaginé maldito. El mío, claro, no el de él. No sé si como gurí tenía esa manía que me ha perseguido después, de bañarme como un maniático, refregarme para sacarme algo de encima después de hacer el amor, o de tener «malos pensamientos». Hice cosas horribles que no me animo a contarte. Pero, claro, no le voy a achacar todo a este pobre diablo pedófilo. La culpa ¿o se llama responsabilidad? de lo que yo he hecho o dejado de hacer es cosa mía, pero me ayudó el desgraciado, contribuyó a construir y cimentar los peores prejuicios, reflejos enfermizos. Me sentí invadido de un moco verde pegajoso, como esos extraterrestres que en las películas de terror entran por debajo de la puerta y lo invaden todo. Se me entreveró ese pegote con la negrura de la teología de la mortificación, y salió una sopa como de brujas, con sapos y culebras.

No me podía sacar el moco verde. Lo encerré en el cuartito del fondo pero de cuando en cuando se escapaba. Atraparlo y volver a encerrarlo. Me dejaba sumido en zozobra, atragantado, tratando de escupirlo y seguir, siempre hay que seguir ¿no? Eso fue muchas veces lo más terrible, la vida no te da escapatoria. Durante mucho tiempo la sentí una maldición, condenado a vivir. Otro tango, como abrazado a un dolor ...

No todo es negro, claro. Cuando ahora te cuento esto siento como que exagero pero no. Es difícil de explicar. Todo esto es cierto, pero hay también otra verdad, el tejido tiene hebras laterales y transversales, están siempre ambas presentes.

Lo peor del caso es que yo no fui el único en joderme, mucha otra gente ha tenido que sufrir sin tener parte en este asunto. Me costó mucho tiempo entender por qué tantas veces he sido tan timorato, poco claro, he dejado que las cosas pasen, porque quiero, como cualquiera quiere, pero no me animo a querer, me avergüenzo de querer querer. En mi necesidad de huir de la proximidad, de la intimidad, he echado a todo el que se me acerque demasiado. He maltratado a mucha gente que nada tenía que ver con esto. Eso es lo que más me duele. Yo me iba acostumbrando a ser, digamos, cojo o tuerto, pero, decime ¿qué culpa tienen los otros? En lugar de dedicar tiempo a mis próximos, de estar presente de veras me volví huraño, egoísta, distraído; me he pasado la vida mirando para adentro, siempre ocupado en pacificar al monstruo. Sentía que ensuciaba a los demás, que contagiaba; me asustaba, por supuesto, y no encontraba mejor estrategia que retirarme. Odié a las mujeres, que me recordaban mi sexualidad peligrosa, sucia, corrompedora. Me inventé que me habían destruido la vida. Figuré o exageré abandonos, humillaciones, vejámenes. Proyecté mis suciedades en otra gente, los judíos, los pobres, las negras, los porteños. Me da miedo haber pensado así. Pero ya ves, he sobrevivido, no me volví asesino, ni alcohólico ni violador, aunque por momentos anduve medio cerca.

Con el tiempo me dije que yo simplemente estaba mal programado. Que hubiera debido cambiar el programa, y también la memoria, el disco duro, que habían sido pervertidos por un virus maligno. Pero que no se puede, ya no es hora para nada.

Así pues, tan poca cosa, unos minutos apenas. Me da vergüenza aceptar que unos pocos minutos hayan contribuido a pudrirme la vida, me hayan distraído de tal forma, impedido de vivir en serio y ayudado a joder tanta gente que no se lo merecía.

Te agradezco la paciencia de escucharme, de no mandarme al diablo, a que me vaya a otra parte a entretener a mis demonios privados. Así me permitís hacer este regalo, que tal vez me lo haga a mí mismo. Si consigo descorrer aunque sea un poco la cortina oscura, si contribuyo a evitar que al menos una chica, un chico tengan que pasar por esto que yo pasé, habré logrado pagar un poco de la vergonzosa culpa que me ha perseguido durante medio siglo.

Y me será más fácil emprender con calma este último vuelo solitario apenas por encima de la cresta de las olas hasta la isla de Flores o la de Santa Elena, donde me quedaré charlando con los gorriones.